

El mes de Cervantes

Pedro Pablo Paredes

Abril debiera ser reconocido, tal como suena: el mes de Cervantes. No porque Miguel de Cervantes nació en abril sino porque en este mes pasó a mejor vida. Murió el 23 de abril de 1616. Se supone, por otra parte, que nació en Alcalá de Henares, no se sabe, a derechas, cuándo. En todo caso, esto es lo de menos. Lo de más es otra cosa.

Cervantes, en cuanto que hombre, fue, toda la vida, un desventurado de tiempo completo. La desventura fue su signo. Recordemos que, ya en mayoría plena, tuvo que despachar a alguien a mejor vida. Se escondió. No paró en ninguna parte. Esto le impidió formarse bien académicamente. Todos sus familiares de orden femenino, para solucionar la vida de cada día, se valieron de la prostitución. ¿Qué hacer? Nada. Ante esto y ante la justicia que lo buscaba para juzgarlo por lo ya dicho, tomó el camino de Italia. Allí se encontró un ambiente soñado: pacífico y culto, culto y artístico. ¿Qué hacer entre las armas

y las letras, que era lo de entonces? Las armas fueron primero. Don Juan de Austria, amigo de Cervantes, lo incorporó a sus aventuras. Una de éstas, Levante, nos demostró que Cervantes, bien visto, estaba hecho para la espada. Lepanto fue una victoria, pero allí nuestro ilustre soldado perdió la mano izquierda de un arcabuzazo. ¿Cómo continuar con las armas? La desventura no perdonaba al soldado. Se dejó de eso.

Entre infinitos problemas, hubo que volver a España. Cervantes hizo de todo lo imaginable. La desventura se cebaba con él. Un día se acercó a Portugal y allí, en la frontera le sonrió la suerte por primera vez. La suerte se llamaba Ana Franca. Una bella muchacha que le dio, a las carreras, la lección del amor. Si el hombre había sido, hasta aquí, desventurado, otro tanto había sido el soldado. El milagro de Ana Franca absolvió al hombre y absolvió al soldado. ¿Qué quedaba del uno y del otro? Quedaba, por el milagro de Ana Franca, uno. El poeta. Cervantes no vaciló un solo instante. El, como hombre no más, había sido una especie de caballero andante. El como soldado no más, había sido, igualmente, una especie de caballero andante. Cervantes no vaciló un instante. Haría, por todo lo alto, su autobiografía. No en balde había sido buen lector de los libros de caballerías tan abundantes. Pues, cogió su autobiografía por la punta, y en dos trancos geniales, la condujo al final. Desdibujó sus desventuras propias y se las asignó a otro desventurado. Con todo el poder de la poesía, que él poseía a pedir de boca. Con todo el poder de la poesía narrativa, que era biográficamente suya. Y le puso el título necesario: "El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Con esta obra, que inmortaliza la desventura, se sosegó el hombre que fue Cervantes, el soldado que fue él mismo, y el poeta genial que fue siempre tan desventurado padre y señor de nuestra cultura. Abril, que ya se despide, debiera ser el mes de Cervantes.